

*uma urna grega*, de Keats, o crítico submete esses textos a uma leitura em que a busca de conhecimento neles veiculado, se faz no sentido de procurar a especificidade desse conhecimento na organização do próprio discurso ficcional.

Um tipo de leitura como a reivindicada, e realizada, pelo autor brasileiro, a leitura do intervalo, que se nega em transformar a literatura em justificativa de outros discursos, requer um leitor afinado com seu objeto de análise. Esse leitor arguto e exigente, que é João Alexandre, se revela na plena maturidade de sua vida de crítico e ensaísta, nos textos mais propriamente analíticos: “A volúpia lasciva do nada. Uma leitura de *Memórias póstumas de Brás Cubas*”, “Os intervalos de Eça de Queiroz”, “Paul Valéry e a Comédia Intelectual”, “Variações sobre *Eupalinos*”, “As tensões de Mário de Andrade”, “João Cabral e a Educação pela Poesia”. Aqui é para onde conflui a experiência acumulada com a própria literatura, trabalho que, de forma lenta e cuidadosa, foi contribuindo no processo de formação do leitor de literatura que é, hoje, o professor João Alexandre. Por conta disso, é que a “paixão analítica” talvez possa ser apontado como o aspecto de maior relevância dos ensaios que participam de sua última coletânea, *A biblioteca imaginária*. Como os bons vinhos que, quanto mais velhos, melhores vão ficando, os textos mencionados acima são o exemplo do grau de depuração e refinamento a que atingiu a produção ensaística do crítico brasileiro, e da qual somente o tempo, aliado à rigorosa reflexão crítico-teórica, podem ser apontados como responsáveis.

*Universidade do Estado de São Paulo-Marília*

SÍLVIA MARIA AZEVEDO

RENATA R. MAUTNER WASSERMAN. *Exotic Nations: Literature and Cultural Identity in the United States and Brazil, 1830-1930*. Ithaca: Cornell University Press, 1994.

El libro de Renata Wasserman puede ser situado cabalmente en el contexto de las discusiones teóricas recientes acerca de la fundación de naciones en las Américas que toman como premisa la estrecha e íntima relación que existe entre escritura, narración y construcción nacional. Incluidos en su exploración de esta relación están los escritos sobre los primeros contactos coloniales, J. J. Rousseau, Bernardín de Saint-Pierre, Chateaubriand, J. F. Cooper, José de Alencar y Mário de Andrade. El eje del libro consiste en una lectura alegórica y comparada de la producción literaria brasileña y estadounidense para destacar tanto las diferentes maneras posibles de establecer la autonomía política y cultural frente a Europa como la distribución desigual de un poder cultural ya dentro de las Américas. Según su planteo, la escritura de la “literatura de nacionalidad” codifica ciertas preguntas con respecto a la naturaleza, cultura e historia: generalmente a través de una trama matrimonial, esta literatura cuenta una historia sobre la implantación de la civilización en el mundo natural americano, emplea estrategias divergentes para contrarrestar el juicio europeo de su insuficiente historicidad

y afirma el papel indispensable de la escritura en la construcción de identidades nacionales.

Como se puede deducir por la lista de textos que analiza Wasserman, la autora lee esta literatura de nacionalidad en términos de su denso diálogo con Europa. Su discusión de las diferencias entre las narrativas americanas y las ficciones populares europeas de la misma época detalla el papel que desempeña la cultura importada en estos proyectos de autonomía cultural.

Wasserman explora, por ejemplo, las negociaciones reveladas en las cambiantes líneas divisorias entre naturaleza y cultura dibujadas por los intelectuales americanos que querían enfatizar una diferencia entre Europa y América en términos de naturaleza, pero que a la vez anhelaban entrar en una relación “civilizada” con las mismas naciones europeas.

Como indica el título, el concepto de lo exótico ocupa un lugar fundamental en su libro. Lo exótico es definido por Wasserman no como una otredad absoluta que, en última instancia, caería fuera de la gramática del discurso definidor, sino como una entidad mediadora entre el ser que se intenta definir y esa otredad más radical. La otredad de lo exótico puede ser inteligible solamente si no es completa, si es traducible, figurando así una alternativa a soluciones más extremas de la confrontación con la otredad. Es un planteo que lleva a Wasserman a criticar la noción de lo “subalterno” que, según ella, generaliza la operación del poder colonial hasta tal punto que absorbe un término mediador como sería lo exótico. Desde este acercamiento, Wasserman subraya que el elemento de traducibilidad ofrece ventajas y desventajas para los territorios americanos que intentan incorporar una identidad exótica en la definición de su ser porque, recordemos, en la configuración original juegan el papel del otro. Por una parte, la incorporación de lo exótico facilita la aceptación de estas incipientes identidades nacionales por parte de las metrópolis; sin embargo, esta misma aceptación luego llega a inhibir el desarrollo de lo exótico como el ser definidor y autónomo. Según Wasserman, Europa ha provisto así no solamente la oposición contra la cual las afirmaciones de identidad nacional fueron producidas, sino también los términos dentro de los cuales se hicieron tales afirmaciones.

En su lectura de los escritos sobre los primeros contactos coloniales, Wasserman resalta las inconsistencias y la plurivocalidad como indicadoras de una lectura triunfal de esos encuentros disputada desde el principio. Para enfatizar esa plurivocalidad, Wasserman analiza las diferencias entre diversos proyectos europeos (franciscanos vs. jesuitas, holandeses vs. portugueses). Su atención a las continuidades entre los primeros informes y las convenciones medievales de “viajes maravillosos” sirve para atenuar una lectura de los primeros escritos como un discurso enteramente nuevo y fundacional. Según Wasserman, es precisamente la plurivocalidad del discurso sobre el contacto entre Europa y las Américas en esta época que le permite a ese mismo discurso ser utilizado más tarde para diferentes y contradictorios proyectos políticos. Fueron las lecturas y las escrituras posteriores —marcadas en cierto momento por un deseo de consistencia debido a la necesidad de conceptualizar cambios culturales en

Europa— que produjeron un discurso de colonización en medio de diferencias y tensiones culturales.

En los tres siguientes capítulos, Wasserman traza precisamente los diferentes rasgos de las construcciones discursivas del “Nuevo Mundo” en función de cambios políticos y culturales en Europa. Como resulta imposible abarcar detalles de sus lecturas, me limitaré a indicar las tres configuraciones discursivas sobresalientes a través de las cuales opera el término mediador de lo exótico. En el capítulo sobre Rousseau, Wasserman destaca el cambio en el cual, de un catálogo de papagayos y caníbales, la representación de las Américas se convierte en un elemento disponible para argumentos filosóficos y políticos que justificaban u oponían condiciones europeas. Los indígenas de Rousseau son figuras ancestrales, vestigios de un pasado europeo y representan, desde ahí, la esperanza para el futuro de Europa. Wasserman define la huella de Rousseau en el discurso sobre lo exótico como la idea de que lo “primitivo” es incorporado no solamente como la otredad, sino como el “grado cero” de la organización social y política, utilizado como marco y fondo —un marco y fondo en cierta medida incidente al argumento central— contra el cual se critican las condiciones existentes.

De acuerdo con Wasserman, los textos *Paul et Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre y *Atala* de Chateaubriand traducen algunas de las cuestiones políticas, éticas y filosóficas de Rousseau en relatos de pasión que luego se convertirán en prototipos del cuento amoroso de la época. Las novelas se dirigen a cuestiones sobre los orígenes europeos y la formación de una nueva sociedad contra-europea, desplazando estas preocupaciones a ambientes exóticos que funcionan como sitios de experimentación. En tales ambientes, las tramas matrimoniales sirven para condensar esas preocupaciones en una meditación sobre los términos que regulan el contacto entre diferencias como las de género, raza o clase. El amor en *Paul et Virginie* y en *Atala* —como gran parte de los relatos amorosos de la época— se desarrolla bajo el signo de los dos límites, del incesto (amor con el más próximo) y de la exogamia (amor con el más otro). En el análisis de *Paul et Virginie*, Wasserman subraya el movimiento circular que padece lo exótico en una trayectoria que lo lleva a una reabsorción en lo familiar. La isla tropical de *Paul et Virginie* aparece primero como una alternativa natural y edénica a la civilización europea. De hecho, la isla sirve literalmente como un refugio para dos mujeres que huyen de fracasos amorosos en que intentaron trascender barreras de clase. Sin embargo, la civilización (el dinero, las divisiones de clase, la educación) irrumpe finalmente en la aparente *tabula rasa* cuando se despierta la sexualidad entre los hijos jóvenes de las mujeres, restableciendo la relación entre tiempo e historia que se mantenía en suspenso durante su infancia.

En contraste con Rousseau que utiliza lo exótico como fondo y con Bernardin de Saint-Pierre que lo transfiere al primer plano para después reabsorberlo en lo familiar, Chateaubriand otorga a lo exótico la condición de sujeto. Asimismo, privilegia a lo exótico y al desplazamiento geográfico como signos formales de ruptura aún si su exótico funciona como una novedad que no desafía la distribución del poder: “This use

of the exotic, at once serving rupture and preservation, encoded the reaction to—or recovery from—the French Revolution in a simultaneous absorption and rejection of the ideas considered responsible for its eruption and violence” (124). Wasserman señala que esta condición que tiene lo exótico como signo de ruptura es lo que hará que el discurso de Chateaubriand sea después disponible a los escritores del “Nuevo Mundo” que se esfuerzan para establecer una autonomía política y cultural. No obstante, al dar a lo exótico una voz, Chateaubriand lo sujeta a sus propias inflexiones y produce, finalmente, algo como una máscara de Jano en la autoctonización de la cultura europea del otro lado del Atlántico, popularizando una versión de las Américas que a la vez impulsará y constreñirá una construcción doméstica.

Después de seguir este desarrollo de un discurso europeo de lo exótico, Wasserman pasa a los usos de ese tipo de discurso, del lado americano del Atlántico, para disputar el poder y definir una identidad americana. Sin entrar aquí en la compleja lectura que hace Wasserman de las novelas de Cooper, quiero subrayar sin embargo una interesante comparación que ella establece entre el suceso de las novelas “leather stocking” de Cooper con el rechazo general del público frente a su libro *Notions of the Americans* (1820) y que explicita algunos límites de consumo que regían las posibles construcciones de nación. En contraste con la manera en que sus otras novelas utilizan el lenguaje y las convenciones familiares sobre lo exótico, *Notions* asume un público mal informado con respecto a los Estados Unidos y trata específicamente de “desexoticizarlo” y justificar así la entrada de los Estados Unidos en el círculo de naciones modernas y civilizadas. Wasserman plantea que el rechazo de *Notions* se debe precisamente a su intento de “desexoticizar” las Américas. *Notions* revela una América regulada y tranquila cuyas reglas y desarrollos provienen de un origen europeo, representación que desafía finalmente la relación de poder sobre la cual depende lo exótico. Sin embargo, a pesar de la innovación que demuestra Cooper en su intento de exceder las convenciones sobre lo exótico, Wasserman hace notar la ausencia en *Notions* de la violencia que produjo a tal mundo, mientras que en las novelas de Cooper se traza la destrucción del paraíso primitivo; una destrucción, cabe decir, cuya dimensión trágica aparece contrapesada por el inicio de un mundo mejor.

En contraste con la esterilidad del mito cooperiano (sus héroes dejan memorias pero no descendientes), lo que se destacan las novelas de Alencar son las soluciones híbridas. Esta hibridez que en Andrade fundamenta una nueva nacionalidad no deja de lado el costo de tal hibridez ni la destrucción que acompaña la creación de nuevas utopías. En *Iracema*, la protagonista indígena Iracema, por ejemplo muere pero la sobrevivencia de su hijo mestizo Moacir, asegura la presencia de una otredad indígena en la nueva nación. Sin embargo, Wasserman subraya que las uniones entre indígenas y blancos son posibles solamente en espacios de alguna forma apartados del mundo indígena y del mundo europeo y tanto esta condición intersticia como las consecuencias infelices de las uniones ponen en cuestión las posibles fusiones sugeridas en los textos. Aunque el hibridismo ni es preferible a la muerte, escribe Wasserman en un comentario sobre *O Guarani*, la muerte es la condición que lo hace posible. En base a

la comparación entre Andrade y Cooper la autora argumenta que fueron tales variaciones en la manera cómo se negociaron las líneas divisorias entre las nuevas nacionalidades y Europa, su fuente y oposición, que de alguna forma llevaron a la fragmentación del “Nuevo Mundo” y a la institución de nuevas oposiciones. Estas oposiciones, afirma Wasserman, fueron luego reproducidas por ciertos modelos de aceptación y conflicto entre los nuevos estados americanos.

Finalmente, en la lectura que propone Wasserman, el texto modernista *Macunaima* subvierte el exotismo cuando crea un héroe-prototipo de una nacionalidad que nos es ni europea, ni contra-europea, incorporando lo extranjero de manera análoga a la teorización de los antropófagos de la “Semana de Arte Moderna”. El héroe carnavalesco no tiene “carácter” —sus acciones son suficientemente deshilvanadas para romper la simetría de una oposición. Borrando fronteras entre razas, religiones, realidades literarias y extraliterarias, Andrade trata de crear una otredad independiente. La violencia invocada en tales fronteras dificulta la aceptación de esa otredad como redentora y desenmascara el exotismo romántico como una otredad domesticada. La identidad incoherente, fragmentaria e inestable elaborada por Andrade resalta la dimensión ficticia de tales construcciones. Según Wasserman, Andrade produce finalmente una visión de identidad nacional brasileña que como el caballo de Troya es “relevant within the discourse of power only insofar as it embodies the destruction that this discourse suspects it carries within itself” (243). Wasserman termina por señalar que mientras ciertos elementos de las literaturas de independencia (la preocupación por la historia, el espacio, la otredad) persisten en la producción literaria de nivel nacional en Latinoamérica, en los Estados Unidos estos elementos se hacen más característicos de la escritura regional o los escritores de minorías.

El doble impulso comparativo de Wasserman es elogiado y logra matizar las discusiones alrededor de las narraciones nacionales americanas por traer a colación las nunca consideradas dimensiones brasileñas y estadounidenses. El tiempo y cuidado que dedica a leer las cambiantes narrativas europeas logra evitar una postulación de una Europa más o menos fija en comparación con la precariedad de las fabricaciones americanas y brinda a una lectura a contrapelo de la influencia americana en Europa.